

CELCIT. Dramática Latinoamericana 609

EL VIENTO ESCRIBE

QUINCE CUADROS PARA TRES INTÉRPRETES MASCULINOS

Enrique Papatino (Argentina)

PERSONAJES
EL HERALDO
EL PROFESOR
EL DIRECTOR
EL PERITO

UNO

EL HERALDO es un hombre extraño, camina con un ritmo impredecible y parece cargar una joroba, aunque sabe disimularlo. EL PROFESOR tiene unos poderosos anteojos que revelan el cansancio de años de lectura atenta. Ambos tienen varios papeles en la mano. EL HERALDO entrega un papel. EL PROFESOR lo toma y queda en silencio, levanta las cejas. Lee.

PROFESOR

“Valientes parisinos, descansad. El ejército de vuestro Rey llegó a las puertas de la ciudad y espera en Saint Honoré. Paris es nuestra, y es tan cierto como el día en que nació la madre de Dios, que mañana, el día séptimo de setiembre, dormiremos aquí.”

EL HERALDO sonríe.

HERALDO

Observe la firma.

PROFESOR

(Tomándose mucho tiempo). “Juana, llamada La Doncella”.

Silencio.

HERALDO

Juana de Arco.

El PROFESOR, se acomoda los lentes y observa el reverso y los extremos del pergamino con atención. Vuelve girarlo y a recorrer el texto. El HERALDO lo observa.

HERALDO

¿Le interesa?

El PROFESOR saca de su bolsillo unos billetes, los cuenta y se los extiende al HERALDO.

HERALDO

Es usted muy generoso.

El PROFESOR saca un pañuelo del bolsillo y se seca la frente.

PROFESOR

¿Qué más tiene para ofrecerme?

HERALDO

Puedo conseguirle más o menos rápido una carta de Molière. La escribe desde la prisión. Está encerrado por las deudas. Le propone a la Bejárt que sean cómicos ambulantes apenas él salga libre.

PROFESOR

Simpática. Anodina. Traígala. ¿Qué más?

HERALDO

Si no me engaño, hay una carta muy interesante de Pascal al joven Newton.

PROFESOR

¿Y qué dice?

Pausa. El HERALDO parece estar pensando.

HERALDO

No tengo la menor idea.

PROFESOR

Eso puede ser muy valioso, consígamela.

El HERALDO levanta las manos, vencido.

HERALDO

Veremos qué puedo encontrarle.

Silencio.

PROFESOR

¿De dónde saca estos documentos?

HERALDO

No es algo que acostumbre compartir a buenas y a primeras. (*Silencio. El PROFESOR mantiene el gesto inescrutable*). Puedo sí decirle que tengo acceso a muchas piezas antiguas, y que en la medida en que su propietario decida venderlas, con gusto puedo traérselas.

PROFESOR

Adoro los papeles antiguos. No tiene idea de cuánto. Me atrae revolver el pasado. Hago locuras por un simple manuscrito. Hubo meses en que he gastado más de lo que gano en la Academia. Qué vamos a hacer. Todas las pasiones terminan por arruinarlo a uno.

HERALDO

Son los moderados los que llegan lejos.

PROFESOR

No puede uno moderarse de la mano de la pasión. Y sin pasión es imposible llegar lejos.

Pausa.

HERALDO

El anciano para el que trabajo hizo lo mejor de su colección comprando sabiamente y cuando menos dinero tenía.

PROFESOR

¿Quién es ese hombre? ¿Cómo se llama?

HERALDO

El anciano me hizo jurar que jamás revelaría su nombre.

PROFESOR

Me lleva usted de decepción en decepción.

HERALDO

(Con la mano en el pecho). Mea culpa.

Pausa.

PROFESOR

Habrás, supongo, al menos una manera de conocer su colección, de comprarle parte de ella, o por qué no, toda.

HERALDO

Aunque se pudiera, eso sería mucho más de lo que gana en la Academia. No creo que esté a su alcance.

PROFESOR

Tengo amigos pudientes.

HERALDO

El anciano heredó viejos documentos que habían pasado de mano en mano por generaciones. No imagina el amor que tiene por sus papeles.

PROFESOR

Es necesario que me reúna con él.

HERALDO

Su claustro es inviolable. Como ya no tiene fortuna, de vez en cuando, si le faltan recursos para mantener el caserón que heredó, bueno... se llama a resignación, el pobre, y vende algún documento. Pero lo hace con profundo dolor, yo sé lo que le digo. Conocerlo a usted es conocer a quien está despojándolo de lo que más ama. No sería para él una reunión grata, ni para usted tampoco.

PROFESOR

Y usted le oficia de consignatario.

HERALDO

Por así decirlo.

PROFESOR

Ha de pagarle muy bien.

HERALDO

Es un pobre viejo. Con más deudas encima que vida para pagarlas. Me conformo con el salario que me paga por llevar sus asuntos.

Silencio. El PROFESOR se rasca la cabeza.

PROFESOR

Es notable que ambos despreciemos el dinero. Salvo que sea usted muy buen vendedor.

HERALDO

No desprecio el dinero. Tampoco estoy vendiendo nada. Es el anciano quien vende. Y su colección vale más de lo que pide.

Silencio, observa la carta.

PROFESOR

¿De veras?

Pausa.

HERALDO

Conoce, supongo, el inventario Fontaine.

PROFESOR

Claro. En la Academia están los cuatro volúmenes con la transcripción de las piezas.

HERALDO

Bueno. Imagine una colección tres veces mayor.

El PROFESOR se quita los anteojos. Consternado, repite mecánicamente.

PROFESOR

Tres veces mayor. ¿Cómo pudo acumular esa cantidad, y mantenerlas en secreto?

HERALDO

Las empezó a reunir un antepasado, que después de la Revolución emigró a América. Cuando el anciano tomó contacto con ellas se volvió ermitaño. No comía, salvo que desmayase del hambre. Se pasaba el día observando los documentos.

PROFESOR

¿Y cuándo tendrá nuevos documentos?

DOS

Un cambio de actitud denota una elipsis. Han pasado unos días. De pronto despliegan manuscritos y pergaminos. El HERALDO y el PROFESOR observan los papeles. El PROFESOR sostiene una lupa. El HERALDO anota en un cuaderno.

El PROFESOR deja la lupa, se coloca sus lentes y lee.

PROFESOR

“Si el destino me es sumiso, como sé que lo es, desembarcaré en la tierra que os vio nacer. Vano es que pretendáis defenderla. Sois valiente Nelson, pero también yo he de serlo. Rendid vuestras armas ante mí o preparaos para morir. Octubre de 1805. Bonaparte.” *(Examina el reverso del documento y lo deja sobre la mesa. Inspira).* ¿No tiene nada de Voltaire?

HERALDO

Voltaire era un exhibicionista. No creo que haya quedado nada sin inventariar. En cambio, sé que el anciano tiene una carta de Corneille que prueba que la Academia Francesa fue una idea suya, y no de Richelieu.

El PROFESOR, luego de una pausa, responde atónito y algo disgustado.

PROFESOR

Es un documento importantísimo, ¿no se da cuenta?

HERALDO

Claro que me doy cuenta.

PROFESOR

Ese material no puede permanecer oculto. *(Silencio).*

Cuántas cosas hay en el mundo que se atribuirán a unos y son de otros. Cuántos hombres y mujeres son ignorados injustamente por la posteridad, mi amigo. Esto me llena de tristeza. La Academia Francesa, idea de Corneille. Y el satánico Richelieu apropiándose. Le suplico que me traiga esa carta.

HERALDO

No sé si será posible, Profesor.

PROFESOR

(Reacomodándose en su silla y mirándolo muy duramente). Estas cosas no son juego. Trabajo para una institución en la que el cardenal Richelieu está considerado un santo patrocinador de las letras. Y es Corneille a quien deben adorar, un dramaturgo, ¿entiende?, un creador, no un político miserable, escondido en una sotana.

(Pausa).

Estoy en posición de demostrar que Corneille es el padre de nuestra Academia. Esto excede cualquier fanatismo de colección. Es un asunto de identidad cultural, señor mío.

HERALDO

Soy consciente. Pero me será imposible acceder a ese manuscrito.

PROFESOR

¿Por qué?

HERALDO

Ni siquiera lo he visto. He escuchado al anciano decir que lo tiene. Quién sabe si no es un cuento del pobre hombre.

PROFESOR

No puede ser un cuento.

HERALDO

Él está ya en edad de decir pavadas.

PROFESOR

¿Lo ha escuchado desvariar? *(El HERALDO extiende las manos sin saber qué decir).*

Entonces tiene que ser cierto. Corneille fue protegido de Richelieu. Hay miles de cartas que dan testimonio. Pero ésa carta no está. El cardenal zorro se encargó de que nadie se enterara. Es un milagro que esa pieza no haya sido destruida. Tengo que verla. Tengo que hacerme de ella, y rápido.

HERALDO

No puedo aceptar que me presione sobre este asunto.

El PROFESOR se levanta de la silla, agrio.

PROFESOR

Usted no comprende. Usted hace negocios conmigo, pero le importa un bledo la verdad.

HERALDO

Yo no hago negocios, señor. Estoy haciéndole un favor.

PROFESOR

¿Haciéndome un favor? Usted ha ganado más en estos cinco meses que yo en varios años. Y soy un catedrático, señor. ¿Qué es usted? Un mandadero.

HERALDO

Creo que esta conversación ha llegado a su fin.

PROFESOR

Confiese que no tiene ni cómo empezar a discutir conmigo. Necio.

HERALDO

Debo retirarme.

PROFESOR

(Se pone de pie). No señor, usted no sale de aquí sin prometerme que me traerá esa carta de Corneille.

HERALDO

No puedo prometerlo.

El PROFESOR se va de bruces contra él, lo toma de la solapa y lo empuja contra la mesa.

PROFESOR

¡Debe prometerlo!

Por un momento quedan cara a cara, el PROFESOR tomando al HERALDO de la solapa, y éste incómodamente encerrado entre el PROFESOR y la mesa.

Luego de un instante, el PROFESOR lo suelta. El HERALDO se acomoda la ropa, toma su portapliques y se dirige a la salida.

PROFESOR

(Suave, llamándolo). Amigo... *(El HERALDO se detiene, gira sobre sí. Observa al PROFESOR)*. Haga lo que pueda. Estaré muy agradecido. Francia estará agradecida. Y Corneille, pobre hombre. Piense en Corneille.

(El HERALDO vuelve a intentar irse. El PROFESOR continúa). ¿Por qué cree que Corneille se ha molestado en poner por escrito esa idea, en lugar de comunicársela personalmente a Richelieu?

(El HERALDO vuelve a girar. No responde). Porque escribir es una esperanza de manipular la eternidad.

(Tocado, el HERALDO lo escucha con atención). Muchos hombres han dejado cabos sueltos para el día en que ya no estuvieran. Muy tarde hemos descubierto que Copérnico tenía razón, y hemos dejado que la Sede de Roma torture a los científicos que negaban al hombre en el centro del universo. Pero los textos de Copérnico estaban ahí para probarlo. Tarde o temprano alguien puso fin al miedo, y aquí estamos, lejos del centro del universo, débiles y pequeños. Nadie ha muerto por eso. Ni siquiera la Santa Sede. *(Progresivamente emocionado)*. Una a una las mentiras de la historia deberían caer, mi amigo. Vivimos una época de resurrección del pensamiento. La verdad no puede depender de los intereses creados. Está usted frente a una posibilidad única. No puede enfrentarla con temor.

HERALDO

No voy a cometer un crimen porque se oponga a vender.

PROFESOR

Por supuesto que no, por el amor de Dios.

HERALDO

¿Y qué quiere que haga, entonces?

PROFESOR

Que sea consciente de la importancia del asunto y obre en consecuencia. Que sea atrevido, audaz, temerario. Que no se deje vencer por una mera negativa. Hable con el viejo. Invéntele una historia. Gáneselo. Sedúzcalo... Engáñelo. *(Silencio)*.

Es por una buena causa. ¿Cómo prefiere perdurar? ¿Como un secretario mojigato? ¿O como un hombre cuyo arrojo echó luz en la historia de su tiempo?

Silencio. El HERALDO no puede evitar la conmoción. Mira un instante al suelo. Luego levanta el semblante y parece sonreír.

Silencio.

El HERALDO sale. El PROFESOR se pone de pie y se sienta en el extremo opuesto de la mesa.

TRES

El DIRECTOR, que se sienta en el lugar que ha dejado el PROFESOR, lee minuciosamente, con pausas largas, como si buscara más sonidos en cada palabra.

El PROFESOR lo escucha.

DIRECTOR

“...y fue por 1324 que aquella Dama de Toulouse convocó a los poetas y trovadores, y ofreció una violeta de oro al autor de los versos más hermosos. Ella misma donó un fondo para crear el premio. Luego de su muerte, los magistrados de Toulouse continuaron financiando el premio. A mi entender, tal es el comienzo, señor Cardenal, de las sociedades de arte o de las academias. ¿No creéis que estaría bien establecer algo similar en París? La poesía francesa lo merece. Vuestro más humilde servidor. Pierre Corneille.”

Pausa. El PROFESOR impaciente, exultante.

El DIRECTOR examina el manuscrito. Tarda en repreguntar.

DIRECTOR

¿Y dice usted que Richelieu respondió?

PROFESOR

Desgraciadamente no tengo en mi poder la respuesta. Y no se sabe si existirá todavía. Pero lo podemos deducir de la segunda carta de Corneille.

DIRECTOR

¿Hay una segunda carta?

El PROFESOR saca con cuidado un nuevo manuscrito de su portapapeles, está visiblemente más gastado que el anterior. Se lo entrega al DIRECTOR.

PROFESOR

Sobrevivió a un desastre marítimo. Es un milagro que la tengamos con nosotros.

El DIRECTOR examina el pliego y se dispone a leer.

DIRECTOR

“Me llena de júbilo, Eminentísimo, vuestra iniciativa de establecer en París una Academia análoga a aquella que salvó a los poetas de Toulouse. La posteridad le estará agradecida. Vuestro humilde vasallo. Pierre Corneille.” *(Se quita los anteojos)*. Aquí dice “vuestra iniciativa”. Corneille le adjudica la iniciativa a Richelieu.

PROFESOR

Pero no la idea, señor Director. Claramente hace alusión a la carta anterior. Richelieu habrá sido un mero ejecutor. Es idea de Corneille.

DIRECTOR

Idea vacía, sin el poder y los medios de Richelieu. *(Silencio)*.

¿Ha verificado la autenticidad de las piezas?

PROFESOR

No tengo duda de que son auténticas. Un anciano anticuario tiene ésta y más cartas antiguas en su poder. Estoy por descubrir algo neurálgico en relación a Pascal, pero no quiero adelantarme.

El DIRECTOR deja el folio sobre el escritorio. Se echa atrás en la silla.

DIRECTOR

Pobre Pascal. Tan joven en la tumba, y usted revolviéndole los huesos. *(Silencio)*.

¿Por qué hace esto, Profesor?

PROFESOR

Quiero resarcir a la Academia de los robos de mi antecesor. *(El DIRECTOR lo observa con desconfianza)*. Y claro, por amor a la verdad.

DIRECTOR

(Abre los ojos con gracia, fingiendo asustarse) ¡Caramba! ¿Y qué suponemos que es eso? *(El PROFESOR sonríe, pero está aturdido)*.

La verdad no es una ciencia exacta. Muchas veces la ficción la refleja mejor. Estas cartas pueden ser verdad, o pueden no serlo. Nos encantaría que lo fueran. Pero hace falta completo rigor para saberlo. *(Toma uno de los manuscritos)*.

Esto no es más que un papelito. Podemos mandar a analizarlo por expertos. ¿Qué ganaríamos? Ni siquiera sabemos si Corneille le quitó la idea a otro. Las cosas están bien así. Todo queda entre franceses. Termínela con ese odio sempiterno a la figura del cardenal. Después de todo, no hizo más que fundar la casa que a usted le paga el sueldo.

PROFESOR

¿Usted apoya una posteridad fundada en mentiras, en ocultamientos?

DIRECTOR

Nosotros ya somos la posteridad, Profesor. Somos esa mentira, ese ocultamiento, porque las cosas siempre van más allá de lo que sabemos. No sea revolucionario donde no tiene sentido.

El PROFESOR sonríe.

PROFESOR

Es raro que los ojos de la posteridad reconozcan tan rápido la mentira, y sean tan ciegos a la verdad.

DIRECTOR

Le aconsejo que no cruce esa línea, Profesor. No me presione. La Academia ha reconocido sobradamente sus logros en la geometría. Así que no sea salvaje. Tenga piedad de sí mismo. *(El PROFESOR se pone de pie)*. Y métase en lo que sabe. La historia no es lo suyo. Sé porqué se lo digo.

El PROFESOR gira y da dos pasos.

CUATRO

En un extremo lo espera el HERALDO.

PROFESOR

Hay que apresurar el asunto Pascal.

HERALDO

Necesito un respiro, Profesor. Va a conseguir que el viejo me ponga en la calle.

PROFESOR

El Director está poniendo en duda la veracidad de los documentos.

Silencio.

HERALDO

(Con cuidado). ¿Ha hecho que los examine un perito?

PROFESOR

No. Cree que sería inútil.

Silencio.

HERALDO

No puedo inventar lo que no tengo. El anciano está muy afligido por las últimas ventas. Creo que prefiere morirse de hambre a seguir vendiendo una sola pieza.

PROFESOR

Le ruego que no me vuelva a decir algo así.

HERALDO

Es que... tenemos un problema. *(El PROFESOR no se anima a preguntar. Pequeño silencio.)* La carta de Eloísa a Abelardo que le di la semana pasada.

PROFESOR

¿Qué pasa con ella?

HERALDO

Debe devolvérmela.

Pausa.

PROFESOR

Usted ha perdido el juicio.

HERALDO

No tengo otra salida. El anciano me la exigió.

PROFESOR

Dígale que no volverá a verla nunca.

HERALDO

Tenga misericordia. Está muy apenado por haberse desprendido de ella. Es un anciano.

PROFESOR

No pierda tiempo.

HERALDO

Tengo su dinero aquí para devolvérselo.

PROFESOR

El viejo jamás volverá a ver ese documento. Se ha perdido, se ha quemado, lo que mejor le cuadre.

HERALDO

Si nos ponemos al anciano en contra, quien sabe si no se empaca y no suelta ni un documento más. Sea prudente.

PROFESOR

No insista. No me haga repetírselo. *(Súbitamente el PROFESOR se dirige a un cajón y extrae unos billetes. Los cuenta. Busca en otro cajón. No encuentra más. Extiende los billetes que tiene en la mano al HERALDO.)*

Cuento con usted para que arregle este asunto.

El HERALDO queda inmóvil, sus ojos puestos en los del PROFESOR, que tiene la mano extendida con los billetes.

HERALDO

¿Cree que puedo arreglar esto con dinero?

PROFESOR

(Feroz). ¡No existe cosa en el mundo que no pueda arreglarse con dinero!

(El HERALDO se mantiene inmóvil. El PROFESOR se le acerca y le coloca violentamente el dinero en un bolsillo de su chaqueta. Luego vuelve a su escritorio, activo). Pasemos a Pascal.

El HERALDO ha quedado inmóvil. Luego de unos segundos se decide por rascarse la cabeza.

HERALDO

Lo único que el anciano está en condiciones de ofrecer es la decimonovena carta provincial.

PROFESOR

No es posible. Murió antes de terminar la decimoctava...

HERALDO

Lo que le dije, desvaría.

PROFESOR

No nos apresuremos. Mentes como la de Pascal no actúan en el orden convencional. Adquieren con el tiempo un reordenamiento característico de la falsación. Con toda franqueza es posible que haya redactado la diecinueve antes de la dieciocho, o de la diecisiete, o de la cuatro o cinco. Pueden existir más cartas provinciales de las publicadas. Deberíamos verla.

HERALDO

Haré lo posible.

PROFESOR

De todos modos quiero que se concentre en la correspondencia de Pascal con Newton joven.

HERALDO

¿Por qué?

PROFESOR

¿Sabe algo de Pascal?

HERALDO

Bueno... que se entregó a un delirio místico a los treinta años, que abandonó la física y se dejó morir.

PROFESOR

¿Nunca se preguntó qué conclusiones habría sacado antes de ese delirio? ¿Ni si se las llegó a comunicar a Newton, y le cedió el paso para ser el científico más grande de la historia? ¿Quién sabe si las leyes de gravedad no son en realidad un descubrimiento de Francia?

Pausa.

HERALDO

Suena, me disculpará, un poco fabulario.

PROFESOR

Me he especializado en la geometría, señor. He invertido horas en el cálculo de las áreas curvas. Intuyo, y tengo mis motivos, que el gran Pascal está detrás de los grandes cálculos de Newton, y que simplemente no tenía intenciones de sobresalir, como sí fue siempre intención de Newton.

HERALDO

Y, para el caso de que encuentre lo que busca, ¿qué cambiaría?

Pausa.

PROFESOR

Usted es un poco lerdo, señor.

HERALDO

No. En todo caso soy más estúpido que usted.

El PROFESOR cierra un instante los ojos.

PROFESOR

Ni usted ni yo somos estúpidos. Somos dos piezas de una maquinaria que puede revolucionar la historia del conocimiento, y que puede devolver a Francia lo que siempre fue de Francia. No se deje ofuscar por mi ansiedad.

HERALDO

Hace meses que corro de un lado para otro, indago, reviso, invento historias. Todo para darle lo que usted necesita. Y mi retribución es su desagrado permanente, su exigencia, su intolerancia.

Pausa. El PROFESOR sonríe.

PROFESOR

Consígame las piezas.

La discusión se torna violenta.

HERALDO

¿Hasta dónde cree que puede sostenerse algo así, señor?

PROFESOR

No siga con eso. Consígame las piezas.

HERALDO

Consígaselas usted.

PROFESOR

Si pudiera. Pero usted tiene bien guardado su anticuario.

HERALDO

Entonces tiene un problema.

PROFESOR

Si cree que voy a pedirle disculpas esperará mucho tiempo. No trate de correrme con la monserga de la retribución. Bien que le pago.

HERALDO

Ya le dije que no hago esto por dinero.

PROFESOR

¿Y por qué otra cosa lo haría?

HERALDO

Porque tengo admiración por su trabajo.

(Pausa. El PROFESOR queda perplejo. El HERALDO toma su tiempo para seguir).

Leí su *Geometría proyectiva*. Me pareció admirable. Durante horas tuve frente a mí rectas danzando hacia el infinito, revelando con inocencia el germen del conocimiento mismo. Y lo más admirable es el tono afable con el que está redactado.

El PROFESOR inmóvil, sorprendido a contrapié.

PROFESOR

Bueno, le agradezco.

HERALDO

No es su ansiedad la que me desprecia. Es su inteligencia. Disculpará. No es algo que esté dispuesto a tolerar. *(Un ligero temor ha invadido el semblante del PROFESOR. Pausa. El PROFESOR sirve en dos copas. Le extiende una al HERALDO).*

Hay quienes descubren, como usted. Y hay quienes se complacen con el descubrimiento, como yo. Las personas como usted son imprescindibles para que el conocimiento avance. Pero sin personas como yo, esos conocimientos se agrietarían hasta consumirse, como si fueran viejos papeles quemados. *(El PROFESOR sonríe, reducido por la dignidad del HERALDO. El HERALDO observa la copa que tiene en la mano y luego se vuelve al PROFESOR).*

No bebo. *(El PROFESOR se queda con ambas copas).*

PROFESOR

¿Vamos a dejar que el conocimiento verdadero quede en el arcón de un coleccionista, que tal vez ni siquiera comprende su valor científico? *(Bebe de una copa).*

¿Me conseguirá las piezas?

HERALDO

Nunca he dicho que fueran más de una.

PROFESOR

En las sociedades científicas las cartas eran un medio de conversación. Debe haber varias de Pascal, y varias respuestas de Newton.

HERALDO

No me consta.

PROFESOR
Ya verá.

Pausa.

HERALDO
Habrá que indagar.

El PROFESOR bebe de la otra copa.

CINCO

El DIRECTOR observa consternado un pergamino. Hay varios otros en el escritorio, y un gran libro cerrado.

DIRECTOR
¿Y Boyle le contestó?
PROFESOR
No se ha encontrado ninguna carta de Boyle a Pascal.

Pausa. El semblante del DIRECTOR se cierra.

DIRECTOR
Es inverosímil.
PROFESOR
Creer o reventar. Esta carta claramente hace alusión a la ley de gravedad. Fíjese esta otra.

El PROFESOR saca otra carta de su portapapeles y se la extiende al DIRECTOR. Éste deja caer la carta que tiene en la mano en el escritorio y apoya el gran libro sobre ella, ocultándola disimuladamente.

DIRECTOR
No sé si se está burlando de mí. Este papel adjudica a Pascal fórmulas que ni siquiera se conocían en su época.
PROFESOR
Que alguien se adelante a su tiempo ha ocurrido en toda la historia, señor Director. A eso lo llamamos genio.

El DIRECTOR no aparta la vista del manuscrito.

DIRECTOR
No señor. Esto es incongruente. Estas fórmulas fueron copiadas de un tratado moderno de cosmografía. Estudié a Pascal toda mi vida. Puedo asegurarle que lo que usted le atribuye es totalmente anacrónico.
PROFESOR
Lo está leyendo de puño y letra de Pascal.
DIRECTOR
(Arrojando el pergamino sobre la mesa) ¡Esto no es de Pascal!
PROFESOR

¿Por qué le molesta tanto que Newton haya sido un usurpador?

DIRECTOR

Porque he adquirido destreza para reconocer a los charlatanes.

El PROFESOR queda demudado. Luego se pone de pie, toma sus papeles del escritorio, perturbado.

PROFESOR

Buenas tardes, señor Director.

El PROFESOR trata de irse.

DIRECTOR

No lo he dispensado, Profesor. *(El PROFESOR se detiene y se queda de pie frente al Director, ofendido y sin mirarlo.)* ¿De dónde ha sacado estas piezas?

PROFESOR

Ya se lo he dicho. Un viejo anticuario.

DIRECTOR

¿Se las dio personalmente?

PROFESOR

No. A través de un Herald.

Pausa. El DIRECTOR lo observa un instante.

DIRECTOR

Déjeme una de las cartas. Voy a hacerla examinar por un perito.

PROFESOR

No es necesario. Las cartas son auténticas.

DIRECTOR

Entonces no habrá problemas. Bastará un leve examen de un especialista y Pascal recuperará su lugar.

PROFESOR

No me parece razonable dejar este material en sus manos.

DIRECTOR

¿Qué pretende decir?

PROFESOR

Me resisto a promover que el escamoteo sea la base de la verdad.

DIRECTOR

Con más razón. Déjeme comprobar esas cartas.

PROFESOR

Creo que no me entiende, señor Director. No sé cuál es su verdadera intención al pedirme estos documentos.

DIRECTOR

No avance hacia un lugar del que no podrá retroceder, Profesor.

Pausa.

PROFESOR

No puedo permitirme perder ningún documento de los que he logrado conseguir.

DIRECTOR

Y supone que yo voy a perder sus documentos.

PROFESOR

O someterlos a peritajes amañados. *(Pausa. Con dificultad)*. No confío en usted, señor.

El DIRECTOR se sienta. Saca un puro de una caja y juguetea con él.

DIRECTOR

Ha llegado al punto de no retorno, mi amigo.

Pausa.

PROFESOR

No pretendo ofenderlo.

DIRECTOR

Aquí nadie ha sido ofendido. Tiene usted un objetivo muy claro, y veo que nadie puede impedirle que sucumba tratando de alcanzarlo. No se distraiga con formalidades. Haga lo que tiene que hacer. Sólo he tratado de ayudarlo.

El PROFESOR se acerca al escritorio, vehemente.

PROFESOR

La mayor parte de nuestros conocimientos provienen de sujetos que al principio parecían locos.

DIRECTOR

Pero ninguno se negó a someter sus ideas a prueba. La ciencia no consiste en aprender un montón de preceptos sin cuestionar su veracidad. *(Cansado, se pone de pie)*. Dejemos esto aquí. Estoy muy ocupado. Le ruego que me perdone.

El DIRECTOR lo toma del brazo y lo acompaña a la puerta. Mientras es echado, el PROFESOR alcanza a decir.

PROFESOR

Necesito la sala de audiencias para el próximo mes.

DIRECTOR

No es el momento de pedir algo así.

PROFESOR

Si no hago mi presentación aquí, la Academia se perderá la primicia.

DIRECTOR

El próximo mes se verá. Buenas tardes.

El PROFESOR lo observa un instante, progresivamente desprotegido, y sale.

El DIRECTOR gira sobre sí y observa el escritorio. Verifica que el PROFESOR esté lejos y se acerca a sus papeles. Corre el libro y levanta del escritorio la primera carta que estuvo leyendo.

Toma una lupa y la examina.

Se rasca la cabeza. Deja salir una indecisa sonrisa. Sale.

SEIS

El PERITO está sentado con un maletín sobre su falda, observando a los costados en posición de espera.

Tiene gafas profundas que agrandan sus ojos, y un bigote monumental.

Detrás de todo ese camuflaje, lograremos lánguidamente entrever en él al HERALDO.

El DIRECTOR ingresa, con aire atareado.

DIRECTOR

Siento haberlo hecho esperar.

El PERITO se pone de pie. Carece de cualquier clase de deformidad.

PERITO

Usted dirá.

El DIRECTOR abre un cajón con llave, extrae una carpeta, y de ésta la carta.

DIRECTOR

Necesito que examine este documento.

El PERITO toma la carta, la lee apenas y luego hace una serie de movimientos con ella, como examinarla de canto o ponerla a contraluz. Luego toma de su portafolios una lupa y una serie frascos, punzones y lápices.

El DIRECTOR sonríe y le habla con familiaridad.

DIRECTOR

Ponga toda su ciencia. Es importante.

El PERITO lo observa inescrutable. El DIRECTOR abandona su sonrisa. Luego, el PERITO se acerca al escritorio y hace una serie de pruebas.

Se quita los anteojos y los limpia.

DIRECTOR

¿Qué opina?

El PERITO lo observa una vez más, y sin responderle vuelve a ponerse los anteojos.

Examina un borde del documento, raspándolo con el dedo. Toma un frasco y arroja un talco sobre el extremo, deja deslizar el talco hasta caer sobre un papel en el escritorio y vuelve a examinar la carta a contraluz.

Finalmente observa al DIRECTOR.

PERITO

¿Qué es lo que quiere saber?

DIRECTOR

Si es auténtica, naturalmente.

PERITO

La tinta es evidentemente antigua. El folio no parece escrito la semana pasada. No está agrietado, eso es sospechoso. Pero diría que no tiene menos de medio siglo. La antigüedad del material se corresponde con la fecha del escrito. Sin embargo, hay otra cosa que me preocupa. (Lo observa, molesto por la interrupción y deja una pausa). Hace frío.

DIRECTOR
¿Perdón?

El PERITO blande la hoja en el aire.

PERITO
No tenemos suficiente humedad para que el papel tenga esta elasticidad.
DIRECTOR
¿Entonces?

El PERITO devuelve la carta y guarda sus cosas mientras habla.

PERITO
Los factores que determinan una falsificación se basan en variables demasiado inestables, como la humedad, la refracción de la luz, la temperatura, el grosor del papel. Esto repercute en la exactitud de cualquier conclusión. Dicho en otros términos. El documento necesita un examen químico para arrojar más datos.

DIRECTOR
Pero, el contenido no tiene sentido. Si Pascal le hubiese escrito todo esto, Boyle hubiera formulado sus leyes mucho antes.

PERITO
La determinación de la antigüedad de documentos por su contenido es algo bastante poco científico, señor.

DIRECTOR
¿Y qué debo hacer?

PERITO
¿Necesita que se lo repita?

DIRECTOR
Quiero decir si es usted quien hace el examen químico.

PERITO
Si lo desea. No son exámenes baratos.

DIRECTOR
Eso no le preocupe.

Pausa. Ambos se quedan un instante mirándose en silencio.

PERITO
¿Me va a dar el documento o vamos a seguir así?

DIRECTOR
¿Tiene que llevarse lo?

PERITO
(*Imperturbable*). Traer el laboratorio aquí sería... poco práctico.

Silencio. El DIRECTOR extiende la carta. El PERITO la coloca con sumo cuidado en una carpeta, y guarda ésta en su portafolios. Inicia la salida, pero es interrumpido.

DIRECTOR
Señor. (El HERALDO gira sobre sí). Por su experiencia, ¿cree usted que se trata de una pieza original?

PERITO

No puedo apurar conclusiones sin faltar a la verdad. *(El DIRECTOR mete la mano en su bolsillo y saca un fajo de billetes. El PERITO los mira.)*

¿Qué es esto?

DIRECTOR

Un incentivo.

PERITO

Tendrá la respuesta en cuarenta y ocho horas.

DIRECTOR

Es demasiado tarde. Dígame lo que piensa.

El PERITO vuelve a mirar el fajo de billetes y luego al DIRECTOR. Extiende la mano levantada y separa los billetes, rechazándolos.

PERITO

Cualquier sospecha que le confiara no será profesional.

DIRECTOR

Con confianza. No saldrá de estas paredes.

El PERITO cierra un instante los ojos, cansado.

PERITO

Parece falsa. Pero no puedo confirmarlo sin el examen.

El DIRECTOR sonríe.

DIRECTOR

Gracias. *(Coloca el fajo de billetes en el bolsillo delantero del saco del PERITO. Luego le abre la puerta).* Lo espero mañana.

PERITO

Cuarenta y ocho horas.

El PERITO sale.

SIETE

El PROFESOR examina exultante unos documentos. El HERALDO mira por la ventana.

PROFESOR

(Lee). "Mi joven amigo. La geometría pura es una manera simple y natural de penetrar el origen de las verdades, y de poner al descubierto la misteriosa cadena que las une, para darlas a conocer de forma individual, luminosamente". *(El PROFESOR sonríe, enloquecido).*

Newton debía estar relamiéndose. Fíjese lo que le dice más abajo

(Lee). "Os mando algunos problemas que, en el pasado, han sido objeto de mi preocupación, cuando abordaba las leyes de la atracción..." sin duda se refiere a la gravedad, ¿se da cuenta, amigo? *(Sigue leyendo).* "...a fin de que ejercitéis vuestro ingenio".

(El PROFESOR pasa de hoja y observa la siguiente).

(Lee). “Os recomiendo que leáis estas conclusiones con atención, y me atrevo a esperar que encontraréis en ellas algo que finalmente os lleve a reflexionar sobre el sistema de fuerzas que rige al mundo”.

(*Sigue leyendo en voz inaudible*).

Creo que voy a llorar. Blaise Pascal quiere que Isaac Newton reflexione sobre sus descubrimientos. Le está regalando su sabiduría. Pascal. Nuestro Pascal, generoso y estúpido. (*Se pone de pie, intempestivamente*).

Necesitamos la respuesta de Newton.

HERALDO

(*Desde la ventana*). Puede que no le haya respondido.

PROFESOR

Nadie en su sano juicio puede dejar de responder a una carta como esta.

HERALDO

(*Siempre desde la ventana*). Puede que el viejo no tenga la respuesta.

PROFESOR

Estas cartas tienen que pertenecer a un mismo lote.

HERALDO

(*Siempre desde la ventana*). Unas vienen de Francia y otras de Inglaterra, no veo por qué van a pertenecer a un mismo lote.

PROFESOR

Deben pertenecer a un lote con clasificación previa. Estoy seguro.

HERALDO

(*Volviéndose finalmente y mirándolo*). ¿Cómo puede estar seguro?

PROFESOR

Mi instinto habla por mí. Me dicta cosas. Si fuera usted matemático sabría de qué le hablo.

HERALDO

Pero soy un simple mandadero.

PROFESOR

Es deliberadamente malintencionado que me salga ahora con eso. No es lo que dije. No es lo que quise decir. No es lo que pienso. Términela de una vez con su orgullo.

Pausa.

HERALDO

Si el viejo las tiene, haré lo necesario para sacárselas. Pero si no las tiene tendrá usted que conformarse con lo que le traje.

PROFESOR

No ha aprendido nada en todo este tiempo, ¿no es así? (*Pausa*).

¿Sabe cuál es la máxima más importante de Pascal?

HERALDO

Sí. “El mundo está lleno de máximas, pero nadie las aplica”. (*Vuelve a mirar por la ventana*).

El DIRECTOR se precipita a la ventana, lo toma del hombro y lo hace girar.

PROFESOR

No señor. Eso ni siquiera se sabe si es de Pascal.

HERALDO

(Orgullosa). Lo escucho entonces. Ilústreme.

Pausa. El DIRECTOR retira la mano del hombro del HERALDO. Se calma.

PROFESOR

"Aquel que duda y no investiga, no sólo es infeliz, sino también injusto."

El HERALDO gira hacia la ventana.

HERALDO

¿Hasta dónde cree que se puede llegar con esto?

PROFESOR

Hasta la verdad. Alcanza con eso.

HERALDO

A veces la verdad quema.

PROFESOR

Pero siempre ilumina. *(Pausa. Vuelve a la mesa con los papeles).*

No se puede dejar esto por la mitad. Es criminal. Está muy claro en la carta a Robert Boyle. *(Se pone a buscar en la mesa).*

Ese es otro al que hay que investigar. Boyle inventó la química, vamos. ¿Quién se la atribuye hoy en día? *(Revuelve los papeles, inquieto).*

¿Vio por aquí la carta de Pascal a Boyle?

HERALDO

¿Yo le traje una carta de Pascal a Boyle?

PROFESOR

(Siempre buscando). Es una pieza fundamental para nuestra recuperación de Pascal.

HERALDO

"Su" recuperación. Soy consciente de mis límites. Yo no voy a recuperar a nadie. Es usted quien está haciendo todo esto.

PROFESOR

Como quiera. *(Harto de buscar en la mesa, abre su portapapeles, busca en los rincones y entra en desesperación).*

No puede ser. La tenía conmigo. *(De pronto una imagen acude a él. Mira a la nada. Golpea la mesa).* Por el amor de Dios. *(Asaltado por la impotencia, se levanta, se coloca el abrigo y mientras se dirige a la salida exhorta al HERALDO).*

Traiga la respuesta de Newton. Tenemos que atrapar a ese inglés mercenario.

HERALDO

Su tumba sigue en Westminster. No creo que haya huido.

El PROFESOR sale.

Ya solo, el HERALDO inspira. Luego toma parsimoniosamente una hoja amarillenta y raída de su portapapeles. Saca un frasco de tinta y una pluma. Verifica las condiciones de luz, y se dispone a escribir.

OCHO

El PROFESOR está apoyado con los puños en el escritorio del DIRECTOR.

DIRECTOR

No tiene porqué temer, si todo es como supone.

PROFESOR

No tenía derecho.

DIRECTOR

Mañana tendremos noticias.

PROFESOR

Quién sabe qué ácidos le echarán encima.

DIRECTOR

Volverá intacta. Debería preocuparse por su autenticidad, no por el estado en que llegue.

PROFESOR

No me consta que su perito sea de confianza.

DIRECTOR

Sus credenciales son impecables. Es un poco arrogante. *(Con intención)*. Pero el problema de ser arrogante es cuando no se tiene con qué.

PROFESOR

¿Le adelantó algo?

DIRECTOR

Ni una palabra. Profesional de pura cepa. *(Pausa)*.

Supongo que en el fondo sabe que seríamos incapaces de perder ningún documento. Su verdadero temor es que esta caprichosa aventura esté por tocar su fin. *(El PROFESOR observa al DIRECTOR con animadversión. Pausa larga)*.

¿Por qué no se casó nunca, Profesor? *(Sinuoso)*. Una esposa cambia el punto de observación de las cosas.

PROFESOR

(Torvo). No me cabe ninguna duda.

DIRECTOR

La vida es de a dos, mi amigo. Cuando uno tiene demasiado tiempo puede embarcarse en aguas difíciles. Una esposa puede ser la brújula. *(El DIRECTOR sonríe, cómplice)*.

¿Es que no le gustan las mujeres?

PROFESOR

Estoy grande para eso.

DIRECTOR

Los hombres somos como el vino. Cuanto más viejos, mejor. No le preocupe su edad. Búsquese una buena moza. Cátese. Aplique geometría mayor a recorrer su cuerpo, a calcular las distancias del placer probable. Sabe Dios que es lo mejor que le puede pasar.

PROFESOR

Ya lo ve. Pascal, Newton, Boyle, Bruno, Kepler. Nada de mujeres. Todos con la vista en el cielo.

DIRECTOR

Así terminaron.

El PROFESOR se pone de pie.

PROFESOR

Buscar la verdad es un juego maravilloso. Los científicos somos gente con suerte, podemos jugar a lo que queremos durante toda la vida. No necesitamos a nadie más. Podemos seguir jugando hasta nuestro último día.

DIRECTOR

Como los que aman. *(Pausa. Se pone de pie).*

Fue apenas una sugerencia. Veremos qué nos sucede mañana. Las cartas están echadas.

El PROFESOR sale.

El DIRECTOR gira sobre sí.

NUEVE

El PERITO está sentado con un maletín sobre su falda, observando a los costados en idéntica posición a la de su primera aparición.

El DIRECTOR ingresa velozmente, como si le hubieran avisado que un señor de gafas lo estaba esperando, y hubiera corrido a su despacho. Al llegar se detiene, expectante. Sonríe.

El PERITO se mantiene inconmovible.

DIRECTOR

Lo escucho.

El Perito extrae la carta con alguna parsimonia.

PERITO

Por mucho que lo pretenda un falsificador, es imposible que el instinto no le juegue alguna mala pasada, y termine por revelar su verdadera personalidad. No se puede disimular la propia grafía sin que se note el esfuerzo de la lucha contra ese instinto.

DIRECTOR

¿Por lo tanto?

PERITO

Los signos gráficos más importantes son los triviales, porque se escapan a cualquier disimulo. *(Extiende la carta y le señala con el dedo).* Vea aquí, por ejemplo, o aquí. La fisonomía de un escrito está impregnada de estas pequeñeces. Un falsario no puede mantener sus esfuerzos de imitación indefinidamente. Es ahí cuando deja escapar características de su propia escritura.

DIRECTOR

¿Entonces?

PERITO

He revisado otros escritos del señor Blaise Pascal, a efectos de realizar una grafología comparativa, un balance expresivo, por así decirlo, entre aquellos escritos y éste.

DIRECTOR

(Falsamente tranquilo) Ya.

PERITO

El resultado no es contundente, pero dos largas noches de análisis atento me llevan a pensar que este escrito, o bien lo realizó el señor Pascal en condiciones deplorables, o bien no pertenece a su mano.

DIRECTOR

La segunda, sin duda.

PERITO

No señor. La duda existe, o no perdería el tiempo hablándole. *(Pausa.)*

Pero estas consideraciones responden a mi intuición. Y como usted bien sabe, el enfoque intuitivo no sólo no es una demostración, sino que muchas veces conduce a errores penosos. Esto nos lleva directamente al examen químico.

DIRECTOR

¿Y?

PERITO

El papel de la pieza es de la primera mitad del siglo diecisiete. La tinta, al igual que en los otros escritos de Pascal, es una solución acuosa, que penetra en los intersticios de las fibras del pliego, y llega al seno mismo del papel, lo que haría su borrado extremadamente dificultoso. Los pigmentos son infusiones con sales de hierro, lo que produce una escritura imperfecta, muy superada desde la época del señor Pascal. No hay colorantes auxiliares de nuestra época, ni conservantes, lo que ha hecho proliferar los diminutos hongos que vemos aquí abajo. Finalmente, tenemos goma arábica y cola. Los elementos fundantes de la escritura misma.

DIRECTOR

¿Entonces?

PERITO

Puedo decirle que esta pieza fue escrita entre 1630 y 1660. Si lo hizo el señor Pascal o un señor imitador, es más difícil de saber. Pero da toda la impresión de que nos encontramos ante un original.

El DIRECTOR queda demudado.

DIRECTOR

Pero acaba de decirme que por los signos y todo lo demás, usted entiende que es obra de un falsario.

PERITO

Yo tengo instinto, señor, como usted, y Pascal mismo. La química va más lejos.

El PERITO le extiende la carta. El DIRECTOR tarda en tomarla.

DIRECTOR

No puede ser posible.

PERITO

(Sacando una hoja de su portafolios). Aquí tiene el resultado minucioso del examen. Y el detalle de mis honorarios. (El DIRECTOR toma la hoja y, con paso abatido, se acerca a su escritorio leyéndola. Casi sin apartar la vista de la hoja saca unos billetes y se los extiende al PERITO, sin mirarlo). A su disposición, Señor.

El PERITO hace una reverencia y se encamina a la salida.

DIRECTOR

(Aún con la vista en la hoja del examen). Señor.

PERITO

¿Sí?

DIRECTOR

Usted, como yo, en lo más profundo de su alma sabe que la carta es una falacia. Lo que me pregunto es ¿por qué motivo no aclaró esos argumentos por escrito?

PERITO

No es mi función. Lo que yo piense no tiene importancia. Y me disculparé, lo que usted piense tampoco. Las pruebas están a la vista. Buenas tardes.

El PERITO sale.

El DIRECTOR, azotado por sus pensamientos, se come las uñas de una mano, y de pronto, asaltado por una idea, toma la carta de Pascal, la vuelve a dejar, toma la hoja del examen, saca una hoja en blanco y comienza a redactar afanosamente.

DIEZ

El PROFESOR y el DIRECTOR, casi en un match de box.

DIRECTOR

Falsa. Completamente. La quintaescencia de la corrupción epistolar.

PROFESOR

Miente.

DIRECTOR

(Dándole una hoja) Aquí tiene el resultado detallado del examen. Y el detalle de los honorarios. Ya ve lo costosos que resultan a la Academia sus caprichos.

PROFESOR

No me venga con pavadas. Descuéntelo de mi sueldo.

DIRECTOR

No es para eso que se lo muestro.

PROFESOR

¿Y para qué entonces?

DIRECTOR

Para que aprecie que no he llamado a ningún improvisado.

PROFESOR

(Examina con cuidado la hoja del examen). Este examen es incorrecto. Fíjese en la presentación. No está lacrado. No tiene el sello autenticador. La firma es demasiado ordinaria para un perito. Esto lo pude haber redactado yo esta mañana.

DIRECTOR

Pero lo redactó un experto.

PROFESOR

¿Quién es? Quiero verlo.

DIRECTOR

No voy a someter a ese hombre a sus antojos.

PROFESOR

¿Por qué no? ¿Tiene miedo?

DIRECTOR

Es lo único que me faltaba.

PROFESOR

Soy coleccionista, señor. Reconozco un original más rápido de lo que usted fuma un canuto. *(Alza la hoja).* ¡Esto no lo redactó un perito!

DIRECTOR

Está usted en un error.

PROFESOR

¡Dígame quién es!

DIRECTOR

¡Esa carta es inadmisible! ¡No resiste el menor sentido común!

PROFESOR

¡No tengo que recordarle qué decía el sentido común antes de Galileo!

DIRECTOR

Le ruego que dejemos esto

PROFESOR

(Violento). ¡Dígame quién es!

DIRECTOR

(Harto). ¡Basta! *(Pausa. El PROFESOR inspira).*

¿Qué carajo le pasa, Profesor? ¿A qué viene esa necesidad de hurgar en la mierda vieja? Newton es un héroe. Es un pilar del pensamiento moderno. Es un hombre que buscó la verdad, si así le gusta más. No es, no puede ser un advenedizo. ¿Se puede imaginar por un segundo lo que va a pasar con los ingleses si hacemos una presentación con esto? *(Gran pausa).*

PROFESOR

Ah. De eso se trata. Su problema es diplomático. A usted le importa un carajo la verdad.

DIRECTOR

La verdad no está a la vuelta de la esquina. No basta con buscarla. No es fácil dar con ella. No me voy a cargar encima a la Royal Society si no tengo pruebas terminantes.

PROFESOR

Pues bien. Le traeré esas pruebas.

DIRECTOR

Sus documentos no son confiables. Mi instinto no me suele engañar.

PROFESOR

Veremos qué le dice su instinto cuando le traiga las cartas que Pascal le escribió al propio Newton.

DIRECTOR

No importa lo que me traiga. No voy a apoyarlo en esta locura. No va a hacer la presentación en la Academia. Nunca lo voy a autorizar.

PROFESOR

Muy bien. Veremos qué piensan nuestros amigos de la Politécnica. Van a lamerse los dedos cuando sepan lo que tengo.

DIRECTOR

No sea loco. No lo haga

PROFESOR

Buenas noches.

El PROFESOR inicia su retirada, airado. Se lleva por delante la silla y la tira al piso. Al levantarla se le caen papeles. Los junta rabioso y se va.

El DIRECTOR cae abrumado en la silla.

ONCE

La escena se transforma. La carta que el PROFESOR lee está siendo escuchada sólo por el HERALDO, quien se quita una basura del ojo. Estamos nuevamente en el estudio del PROFESOR, quien, ante un nuevo material, lee fervoroso.

PROFESOR

“Me he enterado de cuán enfermo os halláis. Estoy muy afectado, os lo aseguro: vos, a quien debo tantas enseñanzas, podéis estar bien seguro que os guardaré eterno reconocimiento” (*Mira al HERALDO, quien pelea con su basurita*). ¿Se siente bien?

HERALDO

Sí.

PROFESOR

(*Sigue leyendo*). “Sus cálculos son asombrosos. Si la interacción atractiva entre los cuerpos con masa puede ser prevista, como usted postula, estamos frente a una verdadera revolución del pensamiento posterior a Galilei. Le ruego humildemente que me envíe sus conclusiones. Le desea pronta mejoría, su modesto servidor. Newton.”

(*El HERALDO sigue peleando con la basurita*). ¿Seguro que se siente bien? (*El HERALDO logra quitársela*).

HERALDO

Uff, finalmente.

PROFESOR

No lo he visto en la presentación.

HERALDO

(*Frotándose los ojos*). Es porque no fui.

PROFESOR

Nuestra colección va a cambiar la historia de la ciencia, ¿no se da cuenta?

HERALDO

Le agradezco su participación, señor. Pero insisto en que no es nuestra colección.

Usted pagó por ella. Usted es quien merece los elogios.

PROFESOR

(*Quitándose los anteojos, sonriente*). Qué rara avis es usted.

HERALDO

No tan rara. Me gusta volar.

Pausa. El PROFESOR vuelve a la carta.

PROFESOR

Esto es un barril de pólvora. Cuando lleguen, los ingleses van a saltar por los aires.

HERALDO

(*Disimulando su alarma*). ¿Qué ingleses?

PROFESOR

Vienen unos peritos de la Royal Society a ver nuestra colección. Bueno, “mi” colección. (*Pausa. El HERALDO queda turbado*).

Me interesa continuar con el asunto Boyle. Fíjese qué puede conseguir.

HERALDO

Creo que no podré asistirlo en las próximas semanas.

PROFESOR

¿Semanas?

HERALDO

Así es. Tengo un encargo del anciano que debo cumplir sin pérdida de tiempo.

PROFESOR

¿De qué se trata?

HERALDO

No sería decoroso que lo pusiera a usted al tanto, Profesor.

PROFESOR

No me parece bien que me abandone justo en este momento.

HERALDO

Volveré, si Dios quiere, con nuevas piezas. *(Pausa)*. A mi regreso vendré a visitarlo, y me contará cómo le fue.

PROFESOR

Bueno. Es una pena.

El HERALDO se pone de pie.

HERALDO

Ha sido una guía para mí, Profesor. Créame que nunca me olvidaré de usted.

El PROFESOR se extraña. También se pone de pie.

PROFESOR

Pareciera que no nos volveremos a ver.

HERALDO

Espero que sí. Boyle nos espera.

El PROFESOR sonríe.

PROFESOR

Boyle nos espera.

Se dan un apretón de manos. Ninguno de los dos puede evitar una vaga sensación de despedida definitiva. El HERALDO se va.

El PROFESOR se quita los anteojos y se recuesta sobre el respaldo de la silla, prisionero de una extraña consternación. Vuelve a mirar a la salida. Frunce el ceño. Luego toma sus papeles y sale, activo.

DOCE

El PROFESOR ingresa tempestuoso. El DIRECTOR lo espera leyendo varios papeles.

PROFESOR

¡Por el amor de Dios! ¿Qué es tan urgente? Me esperan en La Politécnica.

El DIRECTOR se acerca al PROFESOR y lo toma de los hombros, cómplice.

DIRECTOR

Los peritos ingleses dieron su dictamen. Le recomiendo que no vaya a la Politécnica.

PROFESOR

No esperaba menos de usted. Déjeme en paz.

DIRECTOR

Compruebe lo que le digo antes de continuar. La Royal Society quiere presentar una demanda por calumnias. Las cartas son falsas.

PROFESOR

Déjese de artimañas.

DIRECTOR

Tómese un instante, se lo ruego. ¿Cuántas fuentes tiene su colección?

PROFESOR

No sé a dónde quiere llegar.

DIRECTOR

¿De cuántas fuentes obtuvo todo este asunto de Pascal?

PROFESOR

(Luego de un instante). De una sola, ¿por qué?

DIRECTOR

¿No le llama la atención?

PROFESOR

¿Por qué habría de llamármela?

DIRECTOR

El mensajero que le trajo esta documentación, ¿para quién trabaja?

PROFESOR

Nunca me lo dijo.

DIRECTOR

Claro que no. ¿Y cómo se llama?

PROFESOR

¿Por qué me pregunta todo esto?

DIRECTOR

Le he dicho que las cartas son falsas. Los peritos franceses coinciden.

PROFESOR

No va a presentarme otra vez un dictamen espurio.

Pausa.

DIRECTOR

Se lo reconozco. Ese dictamen que le di, lo redacté yo.

PROFESOR

Es usted muy previsible, señor.

El DIRECTOR levanta las hojas que tiene en la mano.

DIRECTOR

Pero estos no. (Por un instante el PROFESOR observa las hojas sin darle importancia. Pero algo en los papeles llama su atención. Los toma y comienza a leer, saltando de un papel a otro). Su única salvación es que entregue al mensajero. Él nos puede llevar al falsificador.

PROFESOR

No sé de qué me habla. Además el mensajero se ha ido.

DIRECTOR

No lo proteja.

PROFESOR

Le digo la verdad. Se ha ido. Y probablemente para no atravesar esta situación absurda. Yo mismo le avisé del peligro, sin saberlo.

DIRECTOR

Tenemos que encontrarlo.

PROFESOR

¿Para qué? ¿Qué es lo que supone que voy a hacer? ¿No le parece que ya he llegado demasiado lejos? *(Observa los papeles).* La Royal Society viene al rescate de Newton. Pero no va a poder.

DIRECTOR

Claro que va a poder. Fíjese en los otros. *(El PROFESOR pasa los papeles y encuentra algo que por un momento lo alarma).*

Le dije que los franceses coincidían. Lo han estafado, Profesor. Los trabajos son realmente buenos. A cualquiera le hubiera pasado.

El PROFESOR devuelve los papeles.

PROFESOR

Esto no tiene ningún valor para mí.

DIRECTOR

(Pasmado). No sea necio. La comunidad científica de toda Europa quiere la cabeza de alguien. No se exponga inútilmente.

PROFESOR

No seré el primero ni el último en sufrir por enfrentarme a un dogma.

Pausa. El DIRECTOR suelta amarras.

DIRECTOR

¿Pero quién se ha creído que es? No estamos en el Medievo, señor. Aquí nadie va a llevarlo a la hoguera, nadie le va a quemar sus cartas en la plaza pública. Si usted se obstina lo único que va a obtener es descrédito, miseria moral, escarnio público.

(Pausa. El PROFESOR, inmutable, mesiánico. Gran silencio).

Al avanzar en esta payasada no está haciendo nada por la ciencia, ni por Francia, está queriendo un reconocimiento trasnochado para usted mismo. No sea ridículo. Confórmese con lo que ha logrado por sus propios medios.

PROFESOR

Qué sería del conocimiento si nos detuviéramos ante amenazas como la suya.

Silencio. El DIRECTOR guarda los papeles en una carpeta.

DIRECTOR

No podrá decir que no traté de protegerlo.

PROFESOR

Tengo una presentación.

DIRECTOR

Adelante, no lo voy a retener.

El PROFESOR se acerca a la salida y ve que el DIRECTOR ha tomado su abrigo y lo sigue. El PROFESOR se detiene, cauto. Observa al DIRECTOR.

PROFESOR

¿Usted también sale?

Por un instante se escrutan mutuamente.

DIRECTOR

Debo decirle que la Politécnica me invitó a disertar con usted.

El PROFESOR sale intempestivamente. El Director lo sigue.

TRECE

Conferencia en la Escuela Politécnica.

El PROFESOR y el DIRECTOR, en la tribuna.

El DIRECTOR escucha con atención, observando sus papeles. El PROFESOR lee.

PROFESOR

“En los confines del infinito se desarrolla un juego cuyo resultado nos es ajeno. Pero aquí, en nuestro orbe, podemos entrever que las fuerzas que nos pegan al suelo se rigen por cálculos matemáticos. Compruébelo, joven amigo. Estoy seguro de que coincidirá conmigo. Vuestro servidor. Pascal”

(Cierra la carta lentamente. Hace un gran silencio. Busca sus palabras mirando al público).

He sido notificado, amigos de la ciencia, del dictamen de nuestros peritos y también del de los de nuestra hermana Inglaterra. Los exámenes coinciden, y parecen no tener dudas, en que ésta y las otras piezas... son falsas.

DIRECTOR

(Al público) Tengo aquí mismo los exámenes certificados.

PROFESOR

No he terminado, señor Director.

(Pausa. El DIRECTOR le hace señas de continuar. El PROFESOR se dirige al público).

La ciencia no ha podido hallar diferencias comprobables entre lo que consideramos verdadero o falso. Para la ciencia una cosa no es excluyentemente verdadera o falsa; puede ser ambas cosas al mismo tiempo. Sin embargo nuestros calificados peritos han logrado determinar la falsedad de estos documentos, sin que se les mueva un pelo.

(Se toma un instante, en un híbrido de lucidez y espanto).

Muy bien. El descubrimiento de Newton queda así en Newton. Podemos devolver a Pascal al olvido. Las pruebas aportadas por nuestros peritos son contundentes. Las cartas son falsas. Si es así, Pascal no escribió a Newton. Y Newton no escribió a Pascal. Después de todo ¿a quién le importa Pascal? Un hombre que entregó su inteligencia infinita a la oración y la autocompasión. Un hombre que entregó sus conocimientos sin dudarlo a todos cuantos tuvo a la mano. ¿Les parece extraño que Newton hubiera estado entre ellos?

DIRECTOR

No estamos discutiendo posibilidades, sino pruebas, Profesor.

PROFESOR

Pero si no tenemos pruebas de este encuentro, ¿las tenemos de que no se produjo?

DIRECTOR

Eso es un amable sofisma, señor. Usted confunde la verdad con el verosímil, Profesor. Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario, no al revés. Las cartas no pueden considerarse auténticas hasta que se demuestre que lo son, de lo contrario yo mismo puedo redactar una carta y atribuírsela a usted, por ejemplo, y someterlo a mis arbitrios, sin que usted tuviera la oportunidad de defenderse. Aquí alguien ha fraguado papeles. No podemos hacer la vista gorda, o no seríamos científicos, señor.

PROFESOR

(*Con intención*). Papeles se fraguan todos los días, si necesitamos defender lo que creemos, ¿no le parece, señor Director? Y cuando alguien lo ha hecho ¿nos ha engañado? ¿O no hizo más que fortalecer la sospecha íntima de que las cosas no son como nos las cuentan?

DIRECTOR

(*Eludiendo la indirecta*). Esa argucia argumental podría servirle para hablar de literatura, señor, no de ciencia. ¿Qué es lo que estamos discutiendo?

PROFESOR

Si estas cartas dicen la verdad.

DIRECTOR

No señor. Estamos discutiendo quién las escribió.

PROFESOR

Eso no tiene ninguna importancia. Pudo ser un amanuense. Lo importante es la verdad. Y a la verdad no le gusta encontrarse con pruebas visibles que niegan que el aire es materia y la tierra es esférica.

DIRECTOR

(*Con hastío, al público*) Esto no tiene sentido, amigos.

PROFESOR

¿Le tengo que explicar a usted que para defender lo que cree verdad, un científico está dispuesto a hacer cualquier cosa?

DIRECTOR

¿Como presentar cartas, incluso si ya se sabe que son falsas?

PROFESOR

Exacto.

Pausa. El DIRECTOR se sorprende.

El PROFESOR no parece comprender lo que acaba de decir. Observa sus papeles. Luego al director. Luego al público. Parece temblar, como asestado por una estocada.

PROFESOR

No conocemos la verdad solo por la razón. A menudo es el corazón quien nos la dicta. Es inútil que la razón intente combatir eso. (*Confundido, revuelve las cartas en su atril y encuentra una*).

Fíjese aquí, por ejemplo... (*Lee*). “el mismo año comencé a pensar que la gravedad se extiende a la órbita de la Luna” (*al DIRECTOR*) ¿Se da cuenta?... o aquí... (*Lee*). “la fuerza que mantiene a un planeta en órbita debería ser proporcional a la inversa del cuadrado de la distancia ...” (*El PROFESOR se interrumpe, revuelve papeles enloquecido*).

Está todo aquí. No hay más que leerlo. (*El PROFESOR continúa revolviendo papeles, casi ignorante del entorno. El Director lo observa piadosamente*).

DIRECTOR

Creo que esto ha llegado a su fin, Profesor.

PROFESOR

(*Desencajado*). Para usted es muy sencillo decir eso. Pero ningún caso debería cerrarse mientras exista la mínima duda. Estamos discutiendo si estas cartas dicen la verdad, ¿qué importa todo lo demás? Usted se empeña en proteger su reputación (*Señalando adelante*) del ataque inminente de los científicos ingleses.

Al público, locamente lúcido.

Muy bien, bienvenido el ataque, si eso nos lleva a saber algo más. ¿Dónde podemos ver reflejada la verdad? Un billete de cien, por ejemplo, ¿refleja la verdad? ¿Hay en el tesoro suficiente riqueza para respaldarlo? ¿Qué diferencia a un billete emitido por el tesoro de otro hecho por un imitador? *(Pequeña pausa)*.

Hay quien ha imitado billetes, sellos o pinturas sólo por dinero. Es por eso que son falsos. Un falsificador es un hombre ordinario. Carece de ambición artística.

(Progresivamente comienza a debilitarse).

Estas cartas no son así. Son la creación de una mente que ha interpretado el pasado. Estas cartas son una creación, no una copia. Y la creación no es espontánea, bebe de la experiencia humana hasta llegar a un equilibrio entre la imaginación y la sabiduría. Porque para crear hace falta haber transitado aguas turbulentas, hace falta haber expiado culpas, hace falta haber reído, haber llorado con las mismas ganas, hace falta haber tenido miedo al juicio de los otros, hace falta haberse traicionado a sí mismo. Una formación clásica, vamos.

(El DIRECTOR se aproxima al PROFESOR y lo toma del brazo. El PROFESOR continúa, sin fuerzas para quitárselo de encima).

El verdadero imitador no está copiando la experiencia humana, la está creando. Y, lamento decirlo aquí, la experiencia superior no es académica. No se adquiere en ningún foro que no sea nuestra ambición. Por eso estas cartas son lo contrario de lo falso. Son auténticas, amigos.

(El DIRECTOR lo empuja suavemente para sacarlo del atril).

Son auténticas.

(El PROFESOR mira al DIRECTOR. El DIRECTOR hace un gesto afirmativo. El PROFESOR mira al público y luego baja del atril, con la dificultad de un anciano).

De pronto, el PROFESOR descubre que ha olvidado las cartas en el atril y vuelve torpe y patéticamente a buscarlas. Las aprisiona contra su pecho, como si fueran su único tesoro. Luego vuelve a bajar. El DIRECTOR lo toma del brazo.

Salen.

QUINCE

El PROFESOR, sentado a un escritorio lleno de papeles, encorvado y a la vez frenético. Cada tanto sacude ínfimamente la cabeza.

El DIRECTOR llega. Trae unos libros bajo el brazo, y un cofre antiguo.

PROFESOR

Lo estaba esperando. No se pierda esto de don Cristóbal Colón. *(Lee)*. “La reina alabó mucho a los loros, por su hermoso color. Piensa también que los gallos que traje de las Indias son superiores a los pavos reales de España”. Es extraordinario. Deberíamos saber más sobre ellos. *(Toma otro papel)*. Aquí Alejandro Magno le dice a Aristóteles mismo que... *(Lee)*. “No estoy satisfecho con que hagáis pública vuestra sabiduría. El conocimiento es para los elegidos. Piénselo Maestro. Alejandro de Macedonia”

DIRECTOR

(Piadoso). Qué interesante.

Pausa. El PROFESOR sonríe.

PROFESOR

Sí, ¿verdad? *(Tose brevemente. Le asoma un tic en un ojo)*.

Necesito tomar nota. Pero no me traen lápices. Dicen que son peligrosos. Aquí están todos muy mal de la cabeza. ¿No le parece un escándalo? Qué puede haber de peligroso en un lápiz.

DIRECTOR

Tal vez, lo que el lápiz sea capaz de escribir.

PROFESOR

(Súbitamente abrasado por una revelación de entrecasa). Tiene razón. Cómo no lo pensé. (Sonríe, cómplice. Levanta unas hojas).

Es interesante esta nota de Julio César, y esta otra del emperador Claudio. Es reveladora la correspondencia entre los apóstoles, sin hablar de la de San Jerónimo, o la del mismo San Agustín. Tengo que estudiar muy bien estos papeles merovingios, y estos escritos de Carlomagno... *(De pronto, hablando muy bajo)*. No le diga a nadie. Pero tengo una correspondencia formidable de Lázaro resucitado...

DIRECTOR

¿Cómo se siente?

PROFESOR

(A contrapié, alarmado). Perfectamente, ¿por qué lo pregunta? *(Pausa, el DIRECTOR no alcanza a responder)*.

¿Me ha traído el material que le encargué?

DIRECTOR

Sí. Aquí tiene.

El DIRECTOR trata de dejar los libros sobre la mesa. No hay lugar, cuando quiere mover los papeles el PROFESOR lo frena violentamente, y los mueve él en persona. De pronto se detiene. El director no alcanza a apoyar los libros. El PROFESOR se acerca al oído del director y le dice muy bajo.

PROFESOR

Necesito otro favor. *(Mira hacia los costados)*. Hágame el servicio de decirle a esa gente que me trae la comida, que deberían leer lo que Leonardo ha escrito sobre cocina. Si quieren aquí tengo varias cartas.

DIRECTOR

Sí, Profesor.

PROFESOR

Me traen comida para perros. Deben pensar que soy un perro.

DIRECTOR

No creo que piensen eso, Profesor.

PROFESOR

Yo creo que sí. *(Se sienta, abatido, a punto de llorar. El DIRECTOR apoya los libros y el cofre donde puede. El DIRECTOR los corre para no arruinar las cartas. Mira al suelo)*.

La dignidad del hombre se ha perdido. Está a la intemperie. Sometida por el viento. Yo creo que el viento es el único que dice la verdad. Los demás mentimos. Todos.

DIRECTOR

¿Y qué dice el viento?

PROFESOR

Silba, sopla con una voz ronca, susurra, murmura el tiempo. Y después calla. Pero, íntimamente, se ríe de nosotros. Estoy seguro.

El PROFESOR queda entumecido, con la mirada perdida.

El DIRECTOR se pone de pie lentamente, toma el cofre del escritorio y atraviesa la escena.

QUINCE

Del otro lado, dentro de su celda, el HERALDO, ya sin la deformidad, ni los tics, ni el maquillaje de sus dos personificaciones, reposa echado en un banco.

Se oye un ruido de rejas. Luego de un instante, se aproxima el DIRECTOR. Trae consigo un pequeño estuche antiguo.

Al verlo el HERALDO se incorpora velozmente, por un instante se miran. Luego, primero el Director y luego el HERALDO, toman asiento.

Del otro lado de la escena, el PROFESOR, en la penumbra de su otro encierro, permanece inmóvil.

DIRECTOR

¿Lo tratan bien?

HERALDO

Sí.

Pausa.

El DIRECTOR saca un cigarro del bolsillo de su saco y se lo ofrece. El HERALDO duda. Luego lo acepta y hace un ademán de agradecimiento.

DIRECTOR

¿Por qué no huyó?

HERALDO

No tuve el coraje.

DIRECTOR

Coraje tuvo para quedarse.

HERALDO

Es un modo de verlo.

Pausa.

DIRECTOR

Noto que su vista ha mejorado.

HERALDO

¿A qué vino, señor?

DIRECTOR

A traerle un cigarro.

Pausa.

HERALDO

(Seco). Gracias.

DIRECTOR

Y a decirle que ha hecho mucho daño. El PROFESOR no se merecía lo que le hizo.

HERALDO

¿Está muy seguro de eso, señor?

DIRECTOR

Usted no sólo lo ha sometido al peor de los escarnios públicos. Lo ha hecho perseguir un fin que de antemano sabía inalcanzable. Usted ha arruinado su vida, porque ha profanado su curiosidad, que es lo más precioso que cualquier científico tiene. *(Pausa)*.

Y, sin saberlo, ha modificado su manera de ver el mundo. Extrañamente, el Profesor ya no cree en nada de lo que ve, y cree fanáticamente en todo lo que no ve.

(El HERALDO, incómodo juguetea con el cigarro).

Usted tiene virtudes notables. Lamento que haya elegido este camino.

HERALDO

Es el camino que pude, no el que quise.

DIRECTOR

Eso es un disparate.

HERALDO

No tengo su cuna, señor Director. Nadie me hubiera dado trabajo.

DIRECTOR

No le reclamo que me haya tomado de ganso hasta ayer. No lo haga ahora. *(Pausa)*.

¿Qué hizo con el dinero?

HERALDO

Compré libros. *(El DIRECTOR hace una mueca de duda)*.

Ya verá que es cierto. Voy a donarlos para reducir mi condena.

Pausa.

DIRECTOR

Es una pena que la condena del Profesor no pueda reducirse con nada ¿No le parece?

HERALDO

No podía saber que iba a enloquecer.

DIRECTOR

Eso es lo de menos. Usted lo ha reducido al círculo de los imbéciles. No me imagino cómo puede salir de allí, aunque su razón sane.

HERALDO

Traté de protegerlo de mi juego.

DIRECTOR

No creo que pueda proteger a nadie de su juego. A usted le gusta destruir. Ese es su juego.

HERALDO

Mi juego es haber sido Molière, Cleopatra, Carlos V, Galileo, Rabelais, y hasta Napoleón... Destruir, o construir, en todo caso, era un juego de ellos.

DIRECTOR

Hubiera sido preferible que escribiese un drama.

HERALDO

Un dramaturgo pretende ser Napoleón. Yo fui Napoleón. *(Pausa)*.

Nadie escribe la verdad sobre sí mismo. Para eso hace falta que le escriba otro. Porque escribir también es mentir. Es corregir detalles para poder amar el pasado, para volver entrañable el propio mundo. Escribir es un arte que necesita de la traición, aunque no lo sabe. Nadie que escriba es inmune a esta maldición. Pero todos

se engañan mejor que yo. No quieren enterarse de que escribir es perfeccionar el dolor. Es morir un poco. Es buscar oro en las heridas.

Pausa.

DIRECTOR

Usted convencería al demonio de arrepentirse. *(Pausa).*

Me gustaría saber cómo hizo para filtrarse entre tantos candidatos al peritaje.

HERALDO

Nadie es engañado si no lo desea fuertemente. Si me eligió es porque mi apariencia era la más implacable, y usted deseaba fervientemente que las cartas fueran falsas. En cambio el Profesor deseaba fervientemente que las cartas fueran auténticas. Las volví auténticas para él.

DIRECTOR

Me admira su noción de autenticidad.

HERALDO

Tiene mucha cara para decir eso después de haber falsificado mi informe.

DIRECTOR

Alguien tenía que proteger al Profesor de sí mismo.

HERALDO

O era usted quien tenía que protegerse de lo que se le venía. Vamos. ¿Acaso no estaba dispuesto a negar lo que creía cierto? Las cartas serían falsas, pero usted no lo sabía. Nadie está a salvo de su propia vanidad. Todo es falso, y se proclama más verdadero cuanto más falso es. En ese mundo vive, señor. No pretenda que no lo sabe.

DIRECTOR

Usted confunde la magia del mito, con la magia del timo. *(Pausa).*

Mientras tanto usted saldrá libre en unos meses. No sé cuánto durará la prisión a la que arrojó al Profesor.

HERALDO

No estoy orgulloso de lo que le pasó, si eso cree.

DIRECTOR

Creo que usted hace daño. Creo que reconoce la fragilidad y la ataca como un animal salvaje. Frente a su juego todos somos vulnerables. Es usted quien debería pudrirse encerrado, no el Profesor. *(Pausa. El HERALDO se inquieta. No logra articular una respuesta ingeniosa).*

Y creo también que la verdad es un misterio, no una farsa. Buscándola muchos han perdido la vida. *(El DIRECTOR inspira. El HERALDO ha caído en el silencio).*

Ante el misterio de la verdad, todos quedamos perplejos. Sin embargo, sospecho que podemos acercarnos sólo un poco a ese misterio. *(Apoya el cofre en la mesa y lo abre. Extrae con sumo cuidado una carta muy antigua).*

Los ingleses la han traído para el juicio, y la tengo en custodia hasta mañana en que volverá a la Royal Society. La tomé prestada por unas horas para que usted pudiera tenerla en sus manos.

El HERALDO, absolutamente perplejo, toma la carta. Reconoce inmediatamente la ancianidad del pliego, examina con sus dedos la rugosidad del material, lo huele apenas, lo observa de costado y de frente.

De pronto, olvidado de sí, comienza a hablar como un experto.

HERALDO

Un manuscrito autógrafo de Newton. *(Recorre la carta de un lado a otro, enteramente arrobado).*

Ha estado poco tiempo en contacto con el aire. No hay señales de oxidación, ni de manchas por agentes corrosivos. No tiene ondulación de las fibras. *(Enajenado).*

Observe el color violáceo de la tinta. Es como si se hubiera burlado del tiempo. Este documento es absolutamente increíble.

DIRECTOR

Es que, es auténtico. *(EL HERALDO examina el documento, con un cuidado y una minuciosidad fanáticos).*

Léalo. *(El HERALDO despierta de su enajenación).*

Por favor.

El HERALDO pone la carta al derecho, se toma unos segundos y lee con extrema lentitud.

HERALDO

“No sé qué pensará el mundo de mí, pero yo me veo como si no hubiese sido más que un muchacho que juega en la orilla del mar, y se divierte descubriendo de vez en cuando un canto pulido o una ostra preciosa, mientras el gran océano de la verdad se extiende inexplorado frente a mí.”

El HERALDO queda congelado un instante, y luego deja caer los brazos con la carta sobre su falda.

El DIRECTOR retira cuidadosamente la carta de entre las manos del HERALDO, quien, por un instante, se siente amedrentado por el vacío.

El DIRECTOR guarda la carta cuidadosamente en el estuche, lo cierra y se pone de pie.

DIRECTOR

Buenas noches.

El DIRECTOR sale, lentamente.

En escena, permanece el HERALDO a un costado, y el profesor al otro, ambos simétricamente encerrados, y sobrecogidos por la derrota.

De pronto, el PROFESOR parece iluminarse, como si hubiera hecho un gran descubrimiento, y dice al vacío, reveladoramente.

PROFESOR

El viento escribe.

El HERALDO se sorprende y lo observa.

Sin percibirlo, el PROFESOR sonríe, finalmente complacido.

APAGÓN

Enrique Papatino
Correo electrónico: epapatino@gmail.com

Edición a cargo de Ana Laura Pace.
Correo electrónico: analaupace@gmail.com

Todos los derechos reservados
Buenos Aires. (2023)

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral Buenos Aires.
Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar